

La vida heroica de las cosas inútiles

Still Life, Jean-François de Le Motte, 1670

Ramón Castillo

AL RECORRER CON LENTITUD y detenimiento la superficie de mi escritorio observo un cúmulo de cosas. Así, sin entrar en calificativos, sólo veo cosas, muchas, de todo tipo y naturaleza. Escribo esa palabra porque en ella se encierra todo y nada. Según la RAE, todo lo que tiene entidad, ya sea corporal o espiritual, natural o artificial, real o abstracta puede ser susceptible de llamarse de esta forma. Como se puede ver, el mundo, la imaginación, la realidad y la fantasía están poblados de este tipo de objetos o asuntos. Lo importante es que, sin entrar en definiciones demasiado rigurosas, todos estamos de acuerdo en que vivimos rodeados de ellas.

Ahora bien, las hay notables o baladíes, graves o ligeras, oscuras y claras, grandes y pequeñas; en fin, el universo entero es una cosa llena de cosas que podemos organizar bajo raseros tan disímiles como arbitrarios. La cosa es, en sí, el meollo del asunto; sin embargo, definir con precisión lo que decimos cuando decimos *cosa* es más complejo



de lo que parece. Ahora bien, todo lo que inunda mi escritorio es para mí parte de un tesoro de acumulación, una conquista al tiempo y al flujo corriente de la vida. Pero, más allá de mi defensa arrebatada de esos artículos, los veo, hago un ejercicio de distanciamiento, trato de comprender su utilidad y llego a la conclusión de que no sirven para nada. Ejemplo de ello es que tengo un sobre de descalcificante de cafeteras que me regalaron en una tienda de electrodomésticos, mas no tengo cafetera alguna que amerite ser descalcificada.

Solía tener la afición de coleccionar los bolígrafos cuya tinta terminaba. Eran, desde mi punto de vista, trofeos de guerra. Representaban la traducción física de un esfuerzo emperrado en escribir a mano todos los días, luchando contra la desgana de escupir palabras en el teclado de la computadora. Sin embargo, esos cartuchos quemados de tinta y denuedo son, de forma contundente, simples trozos de plástico inútil. Pero los conservo todavía, lo que prueba lo inane que puede ser mi vida y el tamaño de mi afán acumulativo.

Tengo juguetes, separadores de libros, calcomanías, boletos de autobús o de metro, fotos viejas, papelititos con ideas ahora incomprensibles, reglas, lupas, plumas, lápices, libretas, muchas de ellas a medio usar, sacapuntas y borrador pese a que no utilizo lápices, garantías de utensilios ya descompuestos, que por supuesto todavía guardo, tickets de compras, listas de cosas por hacer, comprar, escribir o evitar, en fin, un montón de entidades que, ante los ojos del mundo, me vería obligado a calificar como inservibles. No obstante, pienso, esa es la historia de mi vida. Soy un amante de las cosas inútiles. Quizá por eso escribo, tal vez esa sea la razón por la que creo con vehemencia en la lectura, la música, la amistad, la comida y el vino. Son todas

esas cosas, o entidades, como prefieran llamarlas, que muchos hacen a un lado porque son distractores, empujones que los sacan de la línea de ensamblaje diaria.

En *Confesiones de un callador de bocas*, Phillip Lopate habla de su afición por ver, con respeto y en silencio, los créditos iniciales de las películas. Medio mundo se la pasa hablando mientras la película “comienza de verdad”, cuando uno, atribulado porque quiere disfrutar esos primeros segundos del filme, siente hervir la sangre por la rabia de quien gusta de lo que para muchos es innecesario o poco importante. Ese tipo de casos son los que ilustran de manera perfecta mi celebración de las cosas inútiles.

Así como acumulo cosas en mi escritorio o las bolsas de mis pantalones, también lo hago en mis libretas saturadas de garabatos, en las páginas de los libros que leo, en el vasto e irregular espacio de lo que mi memoria puede guardar. Colecciono datos sin importancia, datos que abonan a conversaciones de sobremesa y a escritos que nadie lee. Así como en mi casa, mis cuadernos de apuntes están saturados, repletos de pormenores nimios que no sé cómo llegaron ahí pero que de ninguna manera estoy decidido a soltar. No escribo listas, al menos no en el sentido de George Perec, pero sin duda, resguardo abundantes páginas llenas de la deliciosa espuma de lo inservible.

Estoy convencido de que la vida debe ser ígnea y lúdica, es decir, vivible de tal forma que no sea irreductible a términos cuantificables y estadísticos, uno debe consumirse, quemarse mientras vive y, además, divertirse en dicho trance. Pienso mi existencia menos en términos de una empresa y más como una aventura por completo inaprensible. Pese a que estoy sumergido en un ambiente donde los recursos representan



A Cabinet of Curiosity, Domenico Remps, 1690

convenciones de quienes lo rodean. Como José José, me doy el gusto de presumir que he sido de todo y sin medida. Por tal motivo, los currículum impecables, rectilíneos y plagados de estrellitas de bien portado despiertan no tanto mi desprecio como sí una franca pereza. Por el contrario, adoro los baches existenciales, las biografías trémulas, los periodos oscuros que algunos albergan en la secrecía de sí mismos. Ser un tanto inútil, la verdad de las cosas, es liberador.

Si cada uno de nosotros encuentra en los objetos que acumula un reflejo de lo que son, sin duda, mi estirpe es la del desorden controlado, el prolijo caos de lo inesperado, lo caprichoso, los extremos que se confunden, la acumulación disparatada de citas, vivencias, chistes, vulgaridades y truculencias. El fárrago de cosas inútiles que colecciono es lo que, en buena parte, me permite escribir, pero más que nada, vivir. Qué aburrido ser como una estantería minimalista de preciosa organización, me digo. En lugar de ello, prefiero la saturación candente de aquel que tiene hambre del universo y en su afán de engullirlo todo goza el acumulamiento de un sinfín de cosas, casi todas ellas gratuitas, superfluas y estorbosas.

Si me preguntaras por la lógica de mis asociaciones pensaría que la mejor definición es la de un retorno constante a lo mismo, creo en la repetición casi neurótica que afianza en los errores pero consolida los aciertos; y, aunque parezca contradictorio, ese mismo reiterar es también oportunidad para el constante hallazgo de lo inesperado. La ingravidez de los asuntos, para el amante de lo trivial e insignificante, permite celebrar y confirmar la futilidad de nuestros afanes, pero también nos coloca en una relación con el mundo en el que se puede comprender que en esta existencia a las cosas es preciso celebrarlas nada más por su heroica, ejemplar inutilidad. 